

Samuel I

Francisco Javier Ruiz García



Capítulo 1

Mi nombre es Isaac y antes de abandonar la mansión quiero dejar constancia de lo que aquí sucede y del embrujo que ha cautivado a mi mujer, mi amada Vera, transformándola en un ser irreconocible y siniestro que me es totalmente desconocido ya. Dudo de si me encuentro en plenas facultades, tanto físicas como mentales, pues los acontecimientos de los últimos meses me han dejado trastornado, incapaz de discernir qué parte de mis recuerdos son reales y cuáles han sido moldeados e incluso reescritos artificialmente por esta maldita mansión. Desearía que todo esto fuera producto de la locura o de una pesadilla demasiado vívida, sin embargo, lo que pueda en un principio sonar fantástico e irreal de mi relato, se verá sin duda lapidariamente respaldado por los inexplicables y enigmáticos sucesos que, seas quien seas, habrás ya visto tienen lugar entre estos muros. Nada aquí es normal, ni casual. La casa está, de alguna monstruosa forma, viva.

Mi querida Vera y yo acudimos a la mansión buscando a alguien. La imagen de dicha persona viene y va erráticamente de mi cabeza e incluso, con el paso del tiempo, tanto mi mujer como yo la llegamos a olvidar. Aún hoy, después de todo lo sucedido, hay días en los que estoy completamente seguro de saber su identidad, y otros días en los que ni siquiera su nombre me es familiar. Y estoy seguro de que es la casa la que intenta arrancar a Lilit de mi memoria, y la que por momentos lo logra. Durante nuestra estancia aquí fuimos olvidando quién era la joven, poco a poco, sin siquiera reparar en ello: primero su nombre, luego su rostro y finalmente olvidamos por qué la estábamos buscando. Fue así durante un año, hasta el día en que entramos en el desván. Lo que allí vi me perturbará y perseguirá por siempre, incluso en sueños me atormenta; unas veces la chica me persigue y me grita pidiendo ayuda y otras veces se ríe de mí. Me marché, me voy de aquí antes de sucumbir por completo a las garras de la demencia, como le ha ocurrido a mi amada Vera.

Cuando llegamos, la mansión se encontraba en un estado deplorable, ruinoso y abandonado. Un extraño líquido negro rezumaba por las grietas de los muros y en la oscuridad de los pasillos se sentía la amenazadora presencia de la muerte, como si la propia parca vigilara desde los retratos que colgaban en la pared. Y a pesar de ello, la mansión produjo en nosotros una enigmática y siniestra atracción. Poco a poco íbamos olvidando a Lilit, la chica que buscábamos, y nos empeñamos en rehabilitar la gigantesca casa. Fuimos adecentando el lugar como pudimos y aquello nos producía paz y tranquilidad, casi como si fuera una droga. Llegó un momento en el que Lilit desapareció de nuestros recuerdos y pasamos a vivir felices por y para la mansión, pintando, leyendo, escribiendo, incluso componiendo música. Nos relacionamos aquí con personas muy variopintas, que al igual que nosotros tenían una

sensibilidad exquisita por las artes y habían decidido retirarse a aquella curiosa mansión. Era como si aquí dentro nuestras mentes y nuestra imaginación se hubieran abierto hasta límites insospechados, volviéndonos capaces de dar vida a obras casi mágicas que jamás pensaríamos que podríamos llegar a hacer. No encuentro explicación a este fenómeno, e incluso puede que esta parte de los recuerdos ni siquiera sean míos, pero es la única explicación que puedo darle a que nos quedáramos aquí.

Fue Vera la primera en volver a recordar a Lilit, después de un año. Lo hizo en sueños y ni siquiera supimos que se trataba de ella en un principio. Me decía que se le aparecía una joven durante sus pesadillas, en medio de una habitación de ébano, y que le gritaba algo inteligible como si lo hiciera desde la lejanía. Lo que en un principio parecía simplemente un mal sueño se fue tornando en una obsesión y comenzó a afectarle anímicamente. Los gritos de la joven, me contaba, dejaron de sonar distantes y con cada noche que pasaba resonaban con más fuerza pidiendo auxilio. Aquella chica le resultaba familiar y me dijo que necesitábamos dar con ella. Al principio le resté importancia, pero viendo como las pesadillas iban cada vez a peor accedí, con tal de que así se tranquilizara.

Los dos meses siguientes fueron un calvario. Desde que nos levantábamos hasta la caída del sol nos dedicábamos en cuerpo y alma a revisar cada rincón de la mansión, a levantar cada alfombra y cada cuadro buscando trampillas, puertas ocultas o pasadizos secretos. Era una tarea de locos. Si alguien decidiera trazar los planos de esta mansión, con todos sus entresijos, puertecillas y pasillos escondidos, tardaría una vida entera y probablemente perdería la cabeza. Cada día que pasábamos sin encontrar a la joven, mi amada Vera palidecía más y más y yo sentía como si por dentro se estuviera descomponiendo, pudriéndose como una flor falta de riego. A mí, por mi parte, verla así me entristecía sobremanera y terminé entrando en una profunda depresión. Recuerdo la noche a partir de la cual dejamos de compartir los pocos momentos que ya pasábamos juntos: "Isaac, querido, he pensado que tal vez alguien debería dormir en el torreón del ala oeste a partir de ahora. De esta forma uno de los dos podría vigilar esa zona de la mansión por las noches y agudizando el oído tal vez descubrir algo. ¿No lo crees querido?" Yo, por aquel entonces, ya hacía lo que fuera con tal de mantener viva su esperanza, pues temía que en el momento en que aceptara que no íbamos a encontrar a la chica fuera a cometer alguna locura. Accedí, pero como intuí en un principio aquello no sirvió de nada, salvo para alejarnos más y encerrarnos en nuestra obsesión; la suya encontrar a la joven de sus pesadillas y la mía no perderla a ella. No había vuelta atrás, y yo no lo sabía.

Como he dicho, tardamos dos meses en dar con la maldita puerta. Tal es el tamaño de la monstruosa mansión y de sus recovecos, que hasta entonces no llegamos a ella. En el ala sur del edificio, si uno sube hasta la tercera planta y accede al pasillo en forma de U que hay pasadas las

estatuas, encontrará una puerta de latón con adornos florales que aparentemente no puede abrirse. Bien, tras muchos intentos descubrimos que la puerta funciona como una ventana de guillotina, es decir hay que asirla por el saliente que tiene al pie y arrastrarla hacia arriba, de forma vertical. Al otro lado hay una estrecha escalera de caracol que asciende hasta un pequeño pasillo sin ventanas, y al final de este la puerta que da a un desván. La maldita puerta que da al demoníaco desván. Ojalá nunca la hubiéramos encontrado. Estaba cerrada con cuatro gruesas cadenas y cuatro candados. Recuerdo que no dormíamos ya, ni siquiera hablábamos entre nosotros, poseídos por la obsesión. Subíamos y bajábamos las escaleras, nerviosos, como si fuéramos autómatas, cargando montones de llaves oxidadas y las probábamos una tras otra sin descanso y sin éxito. De las llaves pasamos a buscar mecanismos ocultos entorno a la puerta y más tarde a la desesperación absoluta.

De esto hace cuatro días, recuerdo que la puerta se abrió mientras yo estaba en la biblioteca. Escuché a Vera gritar una vez mi nombre, cuyo eco me llegó rebotando por los pasillos cargado de lo que sentí como una abrumadora sensación de peligro y advertencia. Al subir a toda prisa la vi a ella frente a la puerta, las cadenas y los candados estaban en el suelo. Antes de que le pudiera preguntar cómo lo había hecho ella empujó el portón, que apenas emitió sonido, y la vi entrar en silencio. La seguí y allí dentro me volví completamente loco, el desván desestabilizaría al más cuerdo de los hombres.

Se trata de un enorme desván, de techo bajo. Tenuemente iluminado a través de varios tragaluces, uno de ellos mal bloqueado con tablones, y algunas viejas bombillas desnudas. El interior está atestado de amasijos de tubos que se descuelgan del techo y marañas de cables que van y vienen entre horribles montones de vísceras y músculos, enredándose como telas de araña por el suelo y la pared. Los montonones de carne se asemejan a órganos humanos, pero de tamaño colosal, llegando del suelo al techo, y están distribuidos por toda la pared del desván. Parecen además conservarse en perfecto estado, como si incluso en aquel lugar estuvieran sanos. No puedo encontrar un sola explicación humana y racional para aquello. De estos vomitivos mastodontes de vísceras emana un vibrante zumbido electrónico que penetra en la cabeza y embota los sentidos, creando una sensación de angustia perpetua. En un extremo del desván vi como se alzaban casi una decena de depósitos de cristal de forma piramidal, cuyo interior lo ocupaban los cuerpos desnudos, débiles y cableados de varios seres humanos, recostados en posición fetal con horribles deformaciones. Sus pechos se movían al ritmo de una pausada respiración, tal vez dormidos o en coma. Recuerdo que cuando entré allí mi cuerpo dejó de reaccionar y mi mente empezó a funcionar a trompicones, como si se bloqueara tratando de asimilar la aberración que estaba viendo. A lo largo de la estancia se podían escuchar goteos constantes y al entrar mis pisadas provocaron un pequeño chapoteo en el suelo y mis pies se mojaron. El ático estaba encharcado por algún tipo de

líquido color escarlata oscuro, que no pude ni quise saber qué era. En la esquina más alejada y peor iluminada del desván algo repitió el chapoteo, pero no alcancé a ver de qué se trataba. La sustancia tenía un cierto olor metálico que recordaba al de la sangre e impregnaba toda la sala, pero su textura era ligera como el agua. Como digo, mi mente no era capaz de comprender lo que veía, y yo mismo creía que aquel grotesco espectáculo no podía ir a peor, pero el cénit del horror llegó cuando me acerqué tambaleando al centro del desván, a lo que parecía una especie de trono con alguien sentado en él. Había allí una mujer sentada, desnuda, en un estado de nauseabunda demacración. Tenía la cabeza ladeada y los ojos cerrados, respiraba, por lo que supe que, de forma milagrosa o demoníaca, no estaba muerta. Una delgadez cadavérica permitía distinguir prácticamente cada uno de sus huesos, salvo en el vientre el cual tenía repulsivamente hinchado. De este salía un tubo de plástico que se perdía vibrando y goteando por entre un montón de tripas y órganos gigantes que había en la pared. El color de la mujer era de un azul intenso, moteado por manchas oscuras que cubrían casi por completo sus piernas y parecía que progresivamente iban ascendiendo por su cuerpo. Sentí al ver aquello que mi interior se descomponía y tuve la tentación de incluso arrancarme los ojos para no continuar siendo testigo de aquella espantosa blasfemia. Era Lilit. Y por un momento una imagen se formó en mi mente golpeándome con contundencia y haciéndome caer al suelo, empapándome con aquel líquido nauseabundo. En la abominable imagen aparecíamos mi amada Vera y yo con la que entendí entonces era nuestra hija, Lilit. El espanto atroz que me embargó al entender momentáneamente quién era la persona que teníamos delante y qué habíamos venido a hacer a la mansión me consumió. Solo recuerdo que salí corriendo del edificio y me perdí por los bosques, sin dejar de esprintar y sin ser consciente de a dónde escapaba o de qué exactamente.

Durante varios días estuve perdido en una oscuridad vacía e inconmensurable. Ni siquiera era consciente de mi propio ser, era ajeno a cualquier necesidad humana o cualquier estímulo, pues en el delirio había abandonado mi cuerpo y mi alma vagaba por desoladores desiertos de tinieblas y repugnantes mares de alquitrán, habitados por unas criaturas aberrantes de tamaño inmenso. Estos seres me asediaban con voces retumbantes y ecos infinitos, agolpándose y haciéndome desmayar una y otra vez. Cuando volví en mí, estaba tendido en medio del bosque, con la ropa hecha jirones y el cuerpo lleno de heridas que me sangraban. Al volver a la mansión vi con asombro como esta se encontraba en perfecto estado, sin rastro del líquido negro y que mi amada Vera relucía como el primer día en que nos conocimos. Me preguntó muy preocupada que dónde había estado, a lo que no supe contestar y me dijo que debía volver a la cama para recuperarme de una enfermedad que ahora mismo me enteraba que padecía. Vera me explicó cómo había salido corriendo en mitad de la noche consumido por una fiebre altísima, hacía ya dos días. Cuando le hablé de lo ocurrido en el desván me dijo asombrada que nada

de aquello podía ser real porque la puerta era imposible de abrir. Confundido, subí y comprobé con estupor lo cierto de sus palabras, la puerta permanecía sellada con las cuatro cadenas y cuatro pesados candados de siempre. Comencé a dudar de mis propios recuerdos e incluso llegué a achacarlos a delirios esporádicos provocados por la fiebre. Sin embargo no era así. Debo decir que, de nuevo, la imagen de Lilit se ha ido borraando de mi memoria desde aquel día y cada vez que su imagen se filtra en mis recuerdos conozco menos de ella. Vera desconocía quién era aquella muchacha y negaba haber hablado nunca de ella. Dudo ya, o quiero dudar, de si la visión que tuve en el ático justo antes de perder la cordura, aquella en la que aparecíamos mi mujer y yo con la chica, fue real. No quiero creer que aquello fuera mi hija. Ni siquiera recuerdo tener una hija.

Como digo, debo irme, pues sé con certeza que estuve en ese infernal desván y sé lo que vi. Y sé que la casa se está apoderando de mis recuerdos, pretende de algún modo poseerme como ha hecho con Vera. Desde aquel día mi amada ya no es ella, se ha convertido en una suerte de autómata ausente y vacía, carente de sentimientos y emociones. Posee, incluso, recuerdos de acontecimientos falsos y absurdos que trata de hacerme creer, como la ridícula idea de que esta demoníaca mansión la levantamos entre los dos. He ido percibiendo como, además, su piel ha estado adquiriendo un tono azulado muy sutil durante estos días. No sé a donde voy a ir, intentaré cruzar el bosque y ver si hay algo más allá.

Samuel cerró el diario y repasó de nuevo la habitación con la mirada. Era esta una habitación considerablemente más grande que el resto y mejor amueblada, aunque como las demás también estaba desierta, probablemente desde hacía más de cien años, olía a humedad y una fina capa de polvo se había adherido allá donde mirara. La sustancia negra de las paredes era allí menos densa, y dejaba ver un hermoso tapizado granate. La cama era grande, de matrimonio, realizada en bronce y latón tallado. A un lado había un enorme armario victoriano de madera de caoba y en la pared frente a la cama descansaba una vitrina de nogal, antiquísima, decorada con pequeñas incrustaciones de marfil con motivos florales. Tras el cristal yacían varios ramos de flores secas, cuyos pétalos y hojas de tonos ya apagados se habían ido desprendiendo y derramando por el mueble y el suelo. También contenía algunos marcos de fotos vacíos. En los cajones había mantas, edredones, ropas, plumas estilográficas oxidadas y libros, y ocultas al final del todo, una serie de fotografías y el diario que acababa de leer, parcialmente quemado. En todas las imágenes aparecía un matrimonio con una hija. Los rostros del hombre y la niña eran desconocidos para Samuel, sin embargo la mujer le era familiar. Al igual que el resto de la mansión, era como si su imagen estuviera encerrada en lo más profundo de sus recuerdos, como si ya hubiera estado allí. Cerró la puerta del dormitorio tras de sí, con cuidado,

y bajó las escaleras al trote. Andaba por los pasillos desiertos guiado por el instinto, sus piernas le llevaban con decisión por la mansión. Desde una de las ventanas vio un antiquísimo y destartado invernadero que llamó su atención. Tal vez allí encontrara algo o a alguien.